

## A DANTE

POR GABRIEL D'ANNUNZIO

(Traducción de GUILLERMO VALENCIA)

Océano sin playas, de cerco infinito y oscuro,  
relampagueante y sordo bajo terribles truenos,  
inmóvil pero vivo como el silencio de los labios  
que hablaron;  
lobreguez de los siglos, honduras del anhelo  
humano, asídulo turno de lo que es, retóno perpetuo de la suerte:  
Océano sin playas que ruga entre dos polos: el Bien y el Mal,  
de baba cubierto, bajo el ímpetu de la eternal tormenta,  
de sus abismos grávidos por los despojos de los pueblos muertos,  
era el Destino:

y tú, como un peñón, cual isla montuosa,  
como una soledad de fuerza y pensamiento,  
cual taciturna mole de dolor que medita,  
que ve y escucha,  
surgiste del abismo, y al ulular de estragos,  
en el silbar de trombas, entre el desquiciamiento  
de cataratas, escuchó tu oído  
el gran silencio y la palabra única  
que debía ser dicha;  
y bajo tu frente azotada de espumas y vientos,  
tu ojo insomne veía que se inflamaba el mundo  
para tu gran venganza.  
Entre rayos y sombras, ahora, el espíritu humano  
yérguese a tu presencia, desnudo, sin su carne,  
sin sus huesos, desvelado delante la ciencia  
de tus dolores;  
y de la cuenca de tus manos, hábiles en espadas y flores,  
dóciles como aves que lanza la nevasca hacia humanos aleros,  
bajaron los mensajes de la dulce esperanza,  
los poderes recónditos de la verdad divina;  
y al entregarte rayos y truenos el Dios tuyo, le alzaste el cántico  
que no termina.

Oh tú, nutrido a solas en la cima del sacro monte,  
que te abrevaste al alba, de la secreta fuente  
de lo inmortal, máximo Héroe y primero de nuestra sangre  
renovadora;  
oceánica mente de diez siglos atroces,  
hinchidos de oro y sombra, de estragos, de fe, de pavora, rinden  
silenciosamente; alma vetusta y nueva, [sus ondas  
indocta y sabia, que recuerda y predice, que encierra  
el pensar de los Sabios, donde palpitan Fuego,  
Aire,

Agua y Tierra;  
Oh! Revelador, oh Purificador, oh Intercesor,  
por la vida y la muerte, tú que diste vigor  
a la estirpe, albo pan que crea nuestro sudor,  
nosotros te invocamos;  
oh, tú, que con tu canto descubres a los hombres los caminos  
invisibles, y aclaras el oculto girar de sus destinos,  
nosotros te rogamos;  
tú que resucitaste nuestra nación a la virtud pasada  
y templaste su prístino hierro para el bien de la espada,  
y el placer de las hoces ante la mies dorada,  
nosotros te esperamos;  
porque estuviste siempre suspenso del prodigio tal como el Hijo  
de tu Dios; para los corazones que al batir de tu canto  
supieron esperar futuros vuelos de las fortunas,  
oh! profeta en exilio,  
y porque siempre sobre tumbas nuevas y sobre nuevas cunas,  
allí donde una obra se cierra, allí do se abre un germen,  
suena tu nombre santo,  
que tu nombre a los fuertes sea como el tañido del címbalo  
y el eco de tu nombre—como la racha que agita el fleco  
de un gran pendón—sobre la mar sacuda  
a Italia inerte y muda.

¿Dónde están los pontífices y el Imperio? Esplendores  
fueron bajo el signo del oro, dejaron con sus plantas oblicuas  
su huella sangrienta, vestidos del atávico dolo, y sus túnicas,  
[graves de primores,  
embalsamaban. Rotos, como sarmentos áridos, perdidos  
cual las aristas en el ciclón, lanzados como vanas cenizas a los  
[vientos.

Y, pálido, el postrero, alza su mano a la celeste puerta  
y espera un signo y llama y sólo advierte  
que lo mira la muerte.  
Mas tiene el seno patrio, como los manantiales,  
poder maravilloso;  
e irguiéndote a presencia de la nación, tú imperas

con tu palabra eterna en tu boca clamante,  
con tu poder eterno entre tu puño vivo están tus estaciones  
en nuestra tierra,  
sin cambio; y tu virtud penetra las raíces  
de nuestra vida cual la sal los mares, cual la fecundidad  
está en nuestra tierra;  
ninguna pasión tuya en los siglos perece,  
mas tu furor, tu orgullo y tu fe, y tu piedad,  
tu éxtasis y toda tu grandeza perduran en los tiempos,  
como vive tu tierra.

Tú contemplaste con tus proféticos, omnividentes ojos ardientes  
la Italia bella alzándose de los abismos de tu dolor,  
prendida con tus llamas;  
con sus montes, sus valles, con sus ríos y lagos  
y golfos, con su ciudad rugiente de cólera,  
Italia bella;  
la sofrenaste y la rehiciste sacra y a tu plegaria  
fulgores dió su cuerpo esclavizado.  
Sepas que siempre mirarán los hombres sobre la bella resplandor  
del cielo y tu verbo. [doblado,

Sólo tu verbo alúmbranos, oh Revelador,  
sólo tu canto aliéntanos, oh Libertador,  
sólo tu melodía da la paz tantos años llorada,  
oh consolador,  
cuando la cruda pena, el vehemente desdén y el duro escarnio  
se hacen iguales a las más dulces cosas de la vernal floresta,  
la mano que torturó la carne inmunda, que palpó el bloque helado,  
la pez, el fuego, el plomo y espinas y serpientes, sangre y lodo,  
pulsas cuerdas ignotas, y el silencio rompió con divinal acento  
que sólo ella alcanzó.  
¿Hollaremos nosotros tus caminos? Oh Imperial  
conductor, oh señor de las cimas, oh insomne fabricante de alas!  
por la noche profunda y por el alba  
que aun no destella,  
nosotros te invocamos!  
por el rencor del fuerte que padeció sonrojo,  
por el temblor de fuerzas virginales que oprime la mentira,  
nosotros te rogamos!  
por la victoria y por la gloria, y por la dicha y por tus santas  
esperanzas, oh tú, que ves y oyes, y sabes, centinela  
de los sinos, oh Dante,  
nosotros te aguardamos!

## Frente a la casa Degli Alighieri

POR LUIS G. URBINA

Hoy pasé por tu casa, maestro.  
Un callejón oscuro y legendario  
le da abrigo siniestro  
en la trivialidad del vecindario.

Es alta y noble, y tiene la profunda  
tristeza medieval, y la circunda  
la vida sórdida y grosera:  
un sucio «albergo», una taberna inmunda  
y el tráfigo del hampa callejera.

Y la mansión austera,  
a cuanto vive en torno suyo extraña,  
frente a la carcomida «Torre de la Castaña»  
hace seiscientos años que te espera.

Tal vez, entre sus muros, guarde entera,  
—tal como una reliquia—en el encierro  
de algún musgoso patio, la escalera  
por la que tú lloraste en el destierro.

Aquí se abrió tu alma a la ternura;  
aquí tu grave juventud florida  
soñó en la blonda y cándida criatura  
que más tarde, hecha símbolo, viste en la «Selva Oscura»  
toda de blanco sideral vestida.  
Aquí, doliente y roja, tu figura  
pasa, como un asombro, por mi vida.

Florencia, febrero de 1921

(Revista de Revistas, México, D. F.)